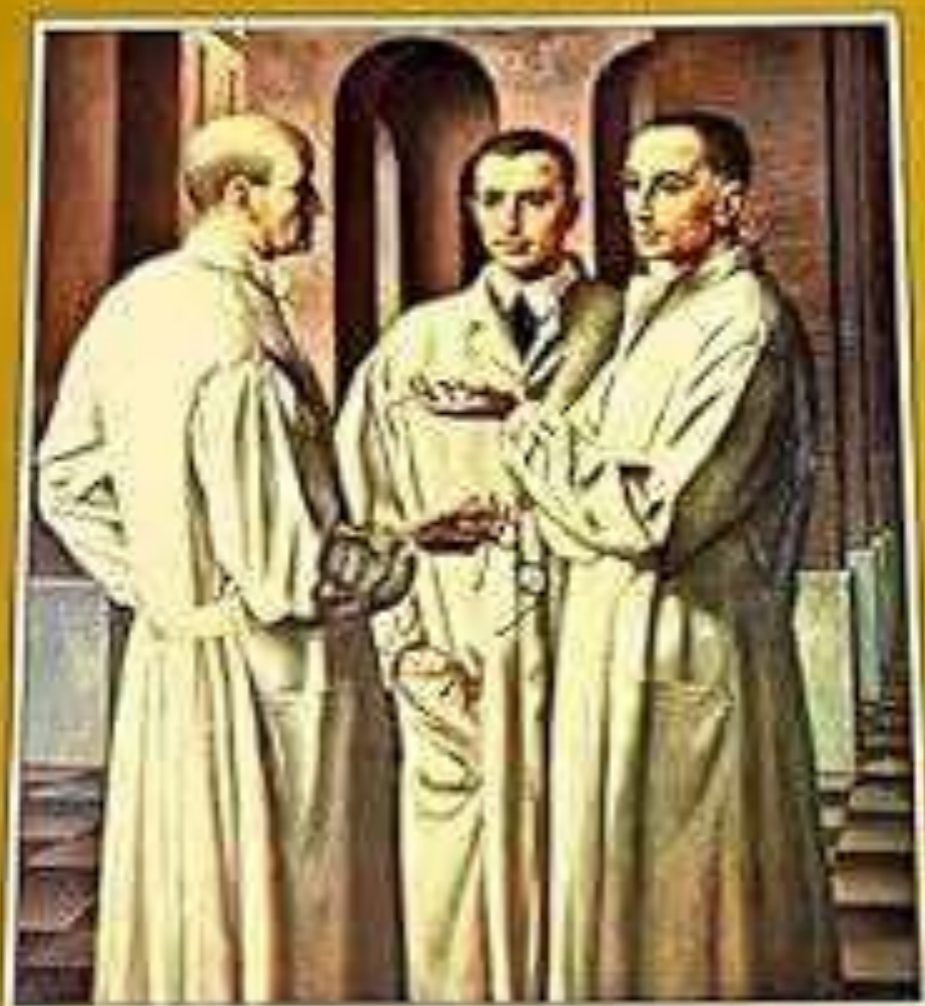


Friedrich Dürrenmatt

LOS FISICOS

Comedia



TUSQUETS
LIBRERÍA

Personajes

Psiquiatra

Misionero

Enfermera jefe

Suesposa

Enfermera

Los hijos de Lina

Enfermero jefe

Inspector de policía

Enfermeros

Policía

Pacientes

Un médico forense

Escrita en 1961

Estreno mundial: Schauspielhaus de Zúrich,
el 20 de febrero de 1962

Acto primero

Lugar: el salón de una villa cómoda, aunque algo venida a menos, del sanatorio privado Les Cerisiers.

Entorno inmediato: al principio, la orilla de un lago en estado natural, luego edificada, y, por último, una ciudad mediana o, más bien, pequeña.

El que fuera un precioso pueblecito con castillo y centro histórico está ahora invadido por los horribles edificios de varias compañías aseguradoras, y vive básicamente de una modesta universidad con facultad de teología incorporada y cursos de idiomas en verano, más una escuela de comercio y otra de odontotecnia, internados para señoritas y una industria ligera apenas digna de mención: no tiene, pues, una actividad económica febril. A ello se suma, de manera ciertamente superflua, el efecto tranquilizador del paisaje. Hay montañas azules, colinas con bosques plantados por el hombre y un lago importante, así como también, en las inmediaciones, una ancha llanura que, si bien fue un pantano sombrío en otros tiempos, actualmente es fértil y está surcada por canales.

En ella se alza un centro penitenciario con su correspondiente explotación agrícola, de suerte que por todas partes se ven grupos o grupúsculos de delincuentes que cavan y remueven la tierra con el azadón. Sin embargo, el entorno geográfico no tiene aquí mayor relevancia y sólo es mencionado por prurito de exactitud, ya que en ningún momento abandonaremos la villa donde está instalado el manicomio (¡ya salió a relucir la palabreja!), o, para ser aún más precisos, ni siquiera abandonaremos el salón de esa villa, pues nos hemos propuesto respetar rigurosamente las unidades de tiempo, lugar y acción. Sólo la forma clásica se aviene bien con una acción que se desarrolla entre locos.

Pero vayamos al grano. Por lo que respecta a la villa, diremos que en su momento llegó a albergar a todos los pacientes de la fundadora de la institución, la médico y doctora honoris causa Mathilde von Zahnd: aristócratas reblandecidos, políticos arterioescleróticos que ya hubieran dejado de gobernar, millonarios oligofrénicos, escritores esquizofrénicos, grandes industriales maniicodepresivos, en pocas palabras, toda la élite espiritualmente extraviada de medio Occidente. Pues Mathilde von Zahnd es todo un personaje. Y no solamente porque la jorobada señorita del sempiterno batín blanco sea el último vástago importante de una poderosa familia autóctona, sino porque también es famosa —y puede decirse que

mundialmente como filántropa y psiquiatra (acaba de publicarse su correspondencia con C.G. Jung). Ahora bien, resulta que los pacientes distinguidos y no siempre agradables han sido trasladados hace tiempo a las nuevas dependencias del sanatorio, luminosas y elegantes, donde hasta el pasado más siniestro se torna placentero gracias a los horrendos precios. Estas dependencias nuevas (con vitrales de Erni en la capilla) son pabellones que se extienden por la parte sur del vasto parque en dirección a la llanura, mientras que el césped jalonado de árboles gigantescos desciende de la villa hacia el lago, por cuya orilla corre un muro de piedra.

En el salón de la villa, ahora poco poblada, suelen reunirse tres pacientes que, por una extraña casualidad, son físicos; aunque quizá no sea del todo extraña, pues allí se ponen en práctica principios humanitarios y se permite que estén juntos quienes deben estarlo. Los tres viven aislados, cada uno enfrascado en su mundo imaginario, toman sus comidas juntos en el salón, discuten a ratos sobre su ciencia o permanecen en silencio mirando el vacío: en fin, tres locos inofensivos y entrañables, dóciles, fáciles de tratar y nada exigentes. En resumen, serían pacientes verdaderamente modélicos si en los últimos tiempos no se hubieran producido unos hechos preocupantes, o más bien terribles: uno de los señores había estrangulado a una enfermera tres meses antes, y ahora acababa de

repetirse el mismo hecho. Por eso está la policía de nuevo en casa y se ve el salón más poblado que de costumbre. La enfermera yace sobre el parqué, en una posición a la vez trágica y definitiva, más bien al fondo del escenario para no asustar inútilmente al público. Pero debe notarse que ha habido una lucha. Los muebles están en un desorden espantoso. Una lámpara de pie y dos sillones yacen en el suelo, y en la parte izquierda más próxima al prosenio hay, volcada, una mesa redonda cuyas patas han quedado mirando al público.

Por lo demás, la transformación en manicomio (la villa había sido antes la residencia veraniega de los Zahnd) ha dejado huellas dolorosas en el salón. Las paredes están pintadas, hasta lo que equivale a la «altura de un hombre, con un barniz antiséptico, y sólo por encima asoma el yeso original, con estucados que se conservan parcialmente. Las tres puertas del fondo, que desde una sólita conducen a las habitaciones de los físicos, están tapizadas de cuero negro y numeradas del uno al tres. A la izquierda, junto a la salita, un radiador de la calefacción central bastante feo; a la derecha, un lavabo con toallas puestas en un colgador.

De la habitación número dos (la del centro) llega el sonido de un violín con acompañamiento de piano: la Sonata a Kreutzer de Beethoven. A la izquierda se encuentra la fachada que da al parque, con grandes

ventanales que llegan hasta el parquet, recubierto de linóleo. A izquierda y derecha de los ventanales, un pesado cortinaje. La puerta de doble batiente da a una terraza cuya balaustrada de piedra se recorta sobre el parque, en un atardecer de noviembre, relativamente soleado. Son las cuatro y media de la tarde recién dadas. A la derecha, sobre una chimenea inutilizada ante la que hay una rejilla, se ve el retrato de un anciano con perilla, en un macizo marco dorado. En primer plano, a la derecha, una pesada puerta de roble. Del artesonado marrón cuelga una imponente araña. El mobiliario: en torno a la mesa redonda (cuando el salón está en orden) hay tres sillas pintadas de blanco, como la mesa. Los otros muebles, de épocas diferentes, se hallan ligeramente deteriorados. En primer plano, a la derecha, un sofá con una mesita, flanqueado por dos sillones. En realidad, la lámpara de pie debería estar tras el sofá, por lo que el espacio escénico no está en absoluto sobrecargado. Pocas cosas se necesitan para decorar un escenario en el que, al contrario de lo que ocurre en las obras de autores antiguos, el drama satírico precede a la tragedia. Y ahora podemos empezar. En torno al cadáver se afanan agentes de la brigada de investigación criminal, vestidos de paisano, tipos ecuánimes y campechanos que ya han consumido su dosis de vino blanco, como revela su aliento. Toman medidas, las huellas digitales, trazan con tiza

los contornos del cadáver, etcétera. En medio del salón está el inspector de la brigada de investigación criminal Richard Voss, de pie, con sombrero y gabardina; a la izquierda, la enfermera jefe Marta Boíl, con su habitual aire resuelto y enérgico. En el sillón situado más a la derecha hay un policía sentado, tomando notas en taquigrafía. El inspector saca un puro de una petaca marrón.

INSPECTOR: Se puede fumar, espero.

ENFERMERA JEFE: No es habitual.

INSPECTOR: Perdón. *(Vuelve a guardar el puro.)*

ENFERMERA JEFE: ¿Una taza de té?

INSPECTOR: Preferiría un trago.

ENFERMERA JEFE: Está usted en un sanatorio.

INSPECTOR: Entonces nada. Blocher, puedes hacerlas fotos.

BLOCHER: Muy bien, inspector.

(Hace fotografías. Flashes.)

INSPECTOR: ¿Cómo se llamaba la enfermera?

ENFERMERA JEFE: Irene Straub.

INSPECTOR: ¿Edad?

ENFERMERA JEFE: Veintidós años. Natural de Kohlwang.

INSPECTOR: ¿Parientes?

ENFERMERA JEFE: Un hermano en el este de Suiza.

INSPECTOR: ¿Le han avisado?

ENFERMERA JEFE: Por teléfono.

INSPECTOR: ¿Y el asesino?

ENFERMERA JEFE: Por favor, inspector..., que el pobre hombre está enfermo.

INSPECTOR: Bueno, bueno..., ¿el autor de los hechos?

ENFERMERA JEFE: Ernst Heinrich Ernesti. Le llamamos Einstein.

INSPECTOR: ¿Por qué?

ENFERMERA JEFE: Porque se cree que es Einstein.

INSPECTOR: ¡Aja! *(Se vuelve hacia el policía que toma notas en taquigrafía.)* ¿Ha anotado las declaraciones de la enfermera jefe, Guhl?

GUHL: Sí, inspector.

INSPECTOR: ¿También estrangulada, doctor?

MEDICO FORENSE: Clarísimamente. Con el cable de la lámpara. Este tipo de alienados suele desarrollar una fuerza hercúlea. No deja de ser impresionante.

INSPECTOR: ¡Aja! Le parece, ¿eh? Pues a mí me parece una irresponsabilidad total dejar a estos locos al cuidado de enfermeras. Ya es el segundo asesinato...

ENFERMERA JEFE: Por favor, inspector.

INSPECTOR: ... El segundo accidente que ocurre en el sanatorio Les Cerisiers en menos de tres

meses. *(Saca una libreta de apuntes.)* El doce de agosto, un tal Herbert Georg Beutler, que se considera el gran físico Newton, estranguló a la enfermera Dorothea Moser. *(Vuelve a guardar la libreta.)* Y en este mismo salón. Algo que nunca hubiera ocurrido de haber aquí enfermeros.

ENFERMERA JEFE: ¿De veras lo cree? La enfermera Dorothea Moser era miembro de la Asociación Femenina de Lucha Libre, y la enfermera Irene Straub, campeona nacional de judo.

INSPECTOR: ¿Y usted?

ENFERMERA JEFE: Yo hago pesas.

INSPECTOR: ¿Puedo ver al asesino?

ENFERMERA JEFE: Por favor, inspector.

INSPECTOR: Quiero decir..., al autor de los hechos.

ENFERMERA JEFE: Está tocando el violín.

INSPECTOR: ¿Cómo que está tocando el violín?

ENFERMERA JEFE: ¿No lo Oye?

INSPECTOR: Pues que pare ahora mismo.
(Viendo que la enfermera jefe no reacciona.)
Tengo que interrogarlo.

ENFERMERA JEFE: Imposible.

INSPECTOR: ¿Cómo que imposible?

ENFERMERA JEFE: No podemos permitirlo por razones médicas. El señor Ernesti debe seguir tocando.